

Frente libertario

Madrid

26 octubre

de 1937

Núm. 328

editado por el comité de defensa confederal -:- región centro

QUE NADIE ATICE LA IRA POPULAR

Porque el pueblo burlado y escarnecido dispone siempre de un arma terriblemente eficaz y terriblemente peligrosa: la subversión armada

No son las nuestras palabras que tiendan a crear un estado psicológico en las masas populares, sino palabras templadas que quieren hacer ver a los hombres que hoy se encuentran al frente de los destinos de la España antifascista un estado real de opinión que quizás no haya llegado hasta ellos. Son palabras con las que sólo pretendemos advertir, lealmente, sí, lealmente, aunque el Gobierno piense otra cosa, los peligros tremendos de una posición política que se advierte como posible en un futuro inmediato, que podría ser el principio del fin, el principio de la debacle definitiva.

El Gobierno vive alejado del pensamiento real de las masas populares españolas; y esto es así, no por defecto del Gobierno, sino por defecto de los medios de información de que dispone el Gobierno. Estos métodos de información son siempre, siempre, tendenciosos. Para no disgustar al Gobierno, informan al Gobierno, no de acuerdo con la realidad efectiva del pensamiento y del estado psicológico de las masas, sino de acuerdo con el estado y con el pensamiento que el Gobierno desea exista en esas mismas masas. Y, naturalmente, el Gobierno, incluso de buena fe, se encuentra equivocado.

Quedaría todavía un resquicio por donde podría filtrarse ese estado de opinión de los trabajadores españoles: la Prensa. Pero la Prensa se encuentra grandemente mediatizada por la Censura previa, que sólo deja pasar lo que al Gobierno agrada. Y así resulta que todas las opiniones adversas a la política actual, pero que servirían al Gobierno para pulsar de una manera exacta la opinión española, mueren en el mismo Gabinete de Censura, y no alcanzan una mayor trascendencia.

¿Es esto acertado? ¿Contribuye esto a cambiar la posición de las masas populares? Evidentemente, no.

Partiendo de esa equivocación inicial, el Gobierno marcha por unos derroteros grandemente peligrosos; se incuba la rebeldía en el más propicio de los climas que la rebeldía puede encontrar: la tiranía; y si no la tiranía absoluta, si una tiranía relativa, que casi casi es más irritante. Y entre tanto el pueblo continúa pensando, el pueblo continúa mordiendo su ira y su desesperación; y cada día se encuentra más dispuesto a romper los frenos que se le buscan y las trabas que se le ponen; cada día acaricia más amorosamente el arma de que dispone para terminar con un estado de cosas que lo

arrastra lentamente a la ruina: la subversión.

Es preciso terminar urgentemente con esa posición psicológica propensa a todos los errores, aunque arranque basada en la más justa de las reivindicaciones. Y el medio puede ser cualquiera menos el de reforzar el aparato coactivo del Estado, menos el de dar al pueblo, de continuar dando al pueblo, la sensación de que se vive dispuesto a reprimir con las armas cualquier movimiento de reivindi-

cación violenta de sus derechos; de aquellos derechos que conquistó con su propio esfuerzo en las jornadas de julio del 36, de aquellos derechos que cayeron en sus manos, al caer también en esas mismas manos los reductos de la Montaña y de Atarazanas, los reductos todos en los que se había hecho fuerte la rebelión de los militares para resistir a los ataques de las masas populares.

¿Que una subversión armada es completamente improcedente en

los momentos que vivimos? Totalmente de acuerdo; y no solamente de acuerdo, sino también dispuesto por todos los medios de influjo moral a nuestro alcance a impedir que esto, que hoy late como posible, se convierta mañana en una realidad dolorosa. Pero no olvide nadie que ese estado latente y difuso, que sólo se encuentra a falta de una concreción momentánea que puede brindarle cualquier motivo, por muy fútil que a primera vista parezca, es real; que

ese estado que comentamos existe; y que semejante estado de opinión no se combate con la violencia, no se combate con la represión, no se combate—NI SE VEN-CE—con el terror.

Nuestras palabras de hoy no van tanto dirigidas al pueblo madrileño, que nos busca y nos lee con pasión, como al Gobierno que nos persigue... con una dureza relativa. Hoy, por una vez, hablamos para el Gobierno. Y aunque el Gobierno piense otra cosa, hablamos, no para combatirlo, sino para abrirle los ojos a la realidad, a la peligrosa, a la tremendamente peligrosa realidad que existe en la España leal; hablamos al Gobierno, no para censurarlo, sino para hacerle conocer lo que sus agentes le ocultan y nosotros conocemos bien, muy bien, tan bien, que un estremecimiento aterrorizado recorre nuestra piel.

Creáenos; tenga en cuenta nuestras palabras; nosotros, que somos adversarios leales, no somos nunca hipócritas serviles; nosotros, que estamos dispuestos a decir todas las verdades, por dolorosas que sean, no diremos jamás una mentira piadosa que haga creer al Gobierno cosas que no existen, fantasías agradables, pero completamente alejadas de la realidad.

Y hoy, la realidad en España, la realidad dolorosa y peligrosa en España, es que existe y se va concretando poco a poco un espíritu de subversión violenta de las masas populares; éstas, que ven fallidas sus esperanzas, que ven burlados sus deseos, que ven cómo, poco a poco, se derrumba su bello ideal de victoria y de libertad; que ven desconocidos sus derechos, que ven perseguidas sus opiniones, que ven atropellada su razón y que ven caer uno tras otro a sus mejores luchadores, a sus hijos más queridos, sin obtener una compensación adecuada, están al borde mismo de la subversión; las masas populares españolas, grandes sectores de las masas populares españolas, están acariciando su arma inalienable, la subversión, casi con el mismo amor apasionado y tremendo con que la acariciaron en los días de julio.

Y esto, que el Gobierno no conoce, que el Gobierno no comprende, al Gobierno se lo decimos nosotros. Sin ánimo de polémica, sin deseos perturbadores, sin afán de especulación; noble y lealmente, cual corresponde a quien únicamente desea interpretar de una manera justa y exacta el pensamiento del pueblo, y a evitar la catástrofe irreparable que significaría para todos nosotros la realización de nuestros temores.



Ayuntamiento de Madrid

RESPECTO PARA LAS AUTONOMIAS

Cataluña es uno de los factores esenciales de nuestra victoria

Uno de los principios fundamentales de la nueva República será reconocer el espíritu federalista de nuestra nación. Ello implica una de las condiciones políticas de nuestro pueblo. Por eso, defender las características de nuestro pueblo estriba fundamentalmente en reconocer la libertad de nuestras regiones como elementos básicos de nuestra estructuración nacional. España es esta diversidad dentro de la unidad. Reconocer este postulado es tanto como compenetrarse con el alma de nuestro pueblo. Una República ibérica sólo puede ser federal. Cada región tiene su característica. Saber darle personalidad a cada una de ellas es tanto como querer que España se encuentre a sí misma. Es la condición prima de nuestro pueblo. Todo el poder centralista sólo ha tendido a deshacer la personalidad de nuestra nación. De ahí el fracaso político de todos aquellos que han estado ciegos a nuestra realidad nacional. No han hecho más que entorpecer la marcha política de nuestro pueblo. Y de todos los progresos políticos de nuestra nación quizá sea éste uno de los que más se han acentuado durante los últimos años. Tanto es así, que algunas regiones han conseguido su autonomía política y económica después de luchas enconadas con el Poder central. Pero uno de los errores de la República—de los muchos que tuvo—fue el no proclamar una República federal.

Sólo se salvó de aquel error Cataluña, que consiguió su autonomía después de enfrentarse con la opinión derechista del país. Por eso, estos progresos autónomos de Cataluña deben ser la pauta a seguir con las otras regiones españolas para que, como conclusión de nuestra estructuración política, llegue a ser España una Federación de Repúblicas Ibéricas.

Las palabras del señor Companys cuando habló por radio la noche del jueves en Madrid llevaban el espíritu y el pensamiento de aquella región hermana, que cada día tiene más personalidad revolucionaria y más preponderancia. El señor Companys traía a la capital de la futura Federación de Repúblicas Ibéricas el sentimiento del pueblo catalán, que cada vez se halla más compenetrado con Madrid y el resto de España. Porque Cataluña se siente más española a medida que es más autónoma. El catalanismo se exacerbó a medida que la incompreensión de los políticos centristas negaban al pueblo catalán el derecho a implantar sus libertades. Ahora, en plena lucha contra el fascismo, Cataluña se siente hermanada a todas las demás regiones con el estrecho abrazo de luchar de consuno para vencer al fascismo. Sus hijos, los catalanes, luchan en todos los frentes con igual ardor que los demás españoles, porque españoles son también de corazón. Sólo la incompreensión de una y otra parte pudo un día negar esta condición a los que han nacido en aquel pedazo de tierra que se llama Cataluña, pero que es España.

De ahí que nuestro error fundamental sería no querer reconocer estas condiciones del pueblo catalán, y si a Vasconia se le reconocía la autonomía en plena guerra, como un estímulo al pueblo vasco

RESUCITEMOS LA LEYENDA WAGNERIANA

El «duce» comienza a sufrir enfermedades de Estado. El hombre que hasta ahora todo lo había dispuesto y ordenado a toque de reloj, que anunciaba con el adelanto de trescientos sesenta y cinco días, o uno más cuando el año es bisesto, la inauguración de un viaducto, de una «comuna litoria», o aun más sencillamente, de un nuevo modelo de puñal que llevarán al cinto sus negras mesnadas, ha tenido, por primera vez en su vida, que suspender nada menos que la reunión del Gran Consejo Fascista, que, como el botafumeiro de la catedral santiaguesa, únicamente humea en las grandes solemnidades.

Se dice que está enfermo, que ha regresado de Alemania con una tal impresión de guerreros marciales y de cañones mastodónticos, que ha tenido necesidad, imitando al actual Papa viajero, de retirarse a una de aquellas rocas que circundan los muros venerables de la Ciudad Eterna, tal vez a reflexionar sobre la trascendente misión que el destino le tiene reservada. Mussolini necesita también, como su compadre el soltero del bigote ridículo y de la piel de gabardina, un refugio cualquiera donde ir a recrearse de cuando en cuando con la idea de la presa que sueña en arrebatar astutamente como zorro de aflados colmillos, a las ricas naciones inermes.

Mussolini ha elegido su cubil muy cerca de aquellos parajes donde fueron hallados los restos martirizados de Giacomo Matteotti, que, como la sombra del padre al atormentado Hamlet, ha de perseguirle en este borrascoso otoño de su vida funesta.

Allí han de ir a buscarlo los decorativos miembros del Gran Consejo Fascista para oír de sus labios una maldita imprecación contra quienes lo persiguen y acorralan. Porque ya se ha desatado en su cerebro esa otra flecha roja de la parálisis general que, al par de la megalomanía, da a la personalidad del «condottiere» visos inconfundibles. Está en la edad propicia de la reclusión por trastornos mentales. Y conviene a la Humanidad, para evitarse una nueva Era napoleónica, buscar cualquier islote apartado que pueda servir de última morada a los dos compadres de la muerte, que han tenido en Berlín uno de esos diálogos de celda de manicomio.

¿A qué esperar, por lo tanto, que hable, que grüña o que haga un gesto, por insignificante que sea? ¿No lo habéis visto saludar enfáticamente, a su llegada a Munich, con un brazo enhiesto, que semejava un pararrayos? ¿No habéis comprendido el alcance de sus palabras cuando afirmaba olímpicamente que toda Europa será fascista?

¿Qué os detiene, pues, ilustres frenólogos responsables de los pueblos, para cazar este par de ejemplares que estorban y someterlos a experiencias de congelación o de momificación, a fin de que las generaciones futuras puedan admirarlos tal como eran en el preciso instante que iban a provocar la catástrofe más terrible de la Historia?

Podéis pasar por encima de sus guardias. Quizá éstas no esperan más que una acción enérgica llegada de fuera para rebelarse contra ellos. Así hacían los pretorianos cuando la suerte volvía la espalda a sus señores. Y en el Mundo aún hay otras voces que pueden hacerse oír, como

para que luchara a nuestro lado contra las hordas del fascismo, con más razón debemos incrementar la personalidad catalana en estos momentos en que Cataluña es uno de los baluartes de la España antifascista. Todo lo que sea reconocer esta personalidad es afianzar en Cataluña el espíritu combativo y constructivo de aquel pueblo. Pensar mermar en lo más mínimo cualquiera de las prerrogativas autónomas de la región catalana sería un error que pronto tendríamos que reconocer y lamentar.

la de Roosevelt, para obligar a que los esclavos fascistas, poseídos de un delirio místico incomprensible y por sí mismos se precipiten al refugio donde los monstruos sugestionadores empujan sus crímenes y acaben con ellos y hasta con el recuerdo maldito de su obra. Ha llegado, tal vez, el momento de decidirse. ¿Quién será el Sigfredo que dé muerte al dragón?

Flechazos

Morena. Muy morena. Enjuta de carnes y con una estatura que no llega a media.

Y ha rasgado el silencio y lo ha rasgado con crueldad con los besos que ha depositado en el rostro del hijo que con su taleguilla al hombro ha ocupado asiento en una camioneta que lo lleva a Madrid.

Y esos besos de esa mujer al imberbe hijo hieren y matan.

El claxon del vehículo rasga de nuevo el silencio.

¡Uno más! Hemos oído decir a la enjuta mujer, pero lo hemos oído cuando ya el hijo no podía oírlo.

Y esa mujer pequeña, pero española, que sin lágrimas y sin quejas da su hijo, su segundo y último hijo, a los ejércitos de la Libertad. Que lo da y lo da en silencio y que lo da en una noche fría, en una noche oscura y en un ambiente helado, se ha alejado y se ha alejado hasta perderse en la noche.

Deseos de besarla y abrazarla hemos sentido. ¿Será asturiana? Pero su corazón es de cristal y no hemos querido romperlo. ¡Salud, mujer, salud!

¡Uno más!, ¡uno más!, repetimos y repetimos nosotros.

La mujer desapareció. Pero en la oscuridad se sigue repitiendo ¡uno más!, ¡uno más!

¡No, no, a Levante no han evacuado todas las mujeres! ¡No, no, todas las mujeres no han viajado! En Guadalupe queda una, que pronto, muy pronto, la veremos con su fusil y quién sabe, quién sabe si con la guerrera de algún hombre de nieve.

Manuel Maurín

En el Hospital general de Barcelona ha muerto hace pocos días Manuel Maurín Juliá, hermano del diputado a Cortes por Barcelona, Joaquín Maurín, secretario general del Partido Obrero de Unificación Marxista, que se halla, como es sabido, en poder de los facciosos, encarcerado en una prisión de Zaragoza.

Manuel Maurín, algunos años más joven que su hermano Joaquín, militaba también en el Partido Obrero de Unificación Marxista, y, hasta la constitución de este partido, militó en el Bloque Obrero y Campesino, en el que actuó intensamente, formando parte durante largo tiempo del Comité local de Barcelona.

Manuel Maurín había sido detenido en la segunda decena de junio último. El Juzgado decretó su libertad, por no aparecer cargo alguno contra él. No obstante, fué mantenido en prisión. En la cárcel enfermó gravemente y, cuando ya su estado era desesperado, fué trasladado al Hospital general, donde ha fallecido.

LOS SINDICATOS EN LA RECONSTRUCCION ECONOMICA

Desde la caída vertical de la economía vieja usanza, por la sublevación fascista, los obreros, mediante el organismo sindical, han venido demostrando su capacidad en la dirección de la economía.

Querer anular el empuje vigoroso dado a la economía por los obreros, es querer encender el fuego de las pasiones. No es posible que puedan consentir los obreros en abandonar sus posiciones frente al empuje de la burguesía. Si los Sindicatos fueron organismos de lucha de clases, hoy son organismos de gran valor en la reconstrucción económica.

En todas sus declaraciones, los obreros han dejado el odio pasado en el olvido. No ven, a la hora actual, nada más que productores. Para ellos, la lucha de clases ha sido abandonada, a fin de mantener la unidad antifascista y vencer en nombre de los principios libertarios a la reacción encarnada en el fascismo.

Más ecuanimidad, más tolerancia, no se puede pedir. Deben todos los que intervienen en la vida política y social situarse ante las realidades palpables que han sido obra de los trabajadores organizados. Reclaman los obreros, para ellos, el derecho a desenvolverse libremente, sin que nadie pueda poner obstáculos a las realizaciones de los principios elaborados en su larga y cruenta lucha contra la explotación del hombre por el hombre.

Cuando en Asturias los obreros se defienden como leones, se lanzan al enemigo con valor difícilmente igualado, intentar crear divisiones y abrir suspicacias en el orden sindical, es sencillamente doloroso y perjudicial a la unidad antifascista.

Los obreros, en esta hora histórica, asumiendo la responsabilidad en el orden económico, recaban también responsabilidad en el orden administrativo de la cosa pública. Reconocidos como están el valor y la po-

tencialidad de los Sindicatos, hay que facilitar el paso hacia su ascensión, y hay que hacerlo rápidamente, porque en su ascenso los obreros siguen derrumbando pedestales y columnas que aún sostienen al fascismo.

Los Sindicatos, nutridos de lo más selecto de la inteligencia proletaria, señalan pautas a seguir; y con la cordialidad ecuaníme que impera en dichos organismos y con las relaciones mantenidas con sus adherentes que luchan en los frentes, elevan la moral del combatiente, y éste, sabiendo que los compañeros velan por sus intereses individuales y colectivos en la retaguardia, se lanzan furiosamente al asalto de las trincheras enemigas, para empujar a los invasores hacia el mar, hasta liberar a España de los que han venido a destrozar toda su economía con la complicidad de los traidores a la nación y del capitalismo internacional. Es al precio de esta sangre y de este heroísmo como los Sindicatos reclaman para ellos la potestad de ser los mentores de la nueva economía llamada a conducir a la Humanidad hacia campos de felicidad y prosperidad. Son los obreros los que más interés han venido demostrando para la consolidación de la economía nacional. Nadie puede discutir la obra en conjunto realizada por los obreros en el seno de los Sindicatos. ¿Que hay deficiencias que corregir? Exacto. ¿Que aún queda por hacer? También lo es. ¿A quién cabe la mayor responsabilidad sobre esto? A los que, pudiendo facilitar la obra, ponen obstáculos en el camino. Que cada uno, desde el sitio que ocupa, procure allanar la senda y destruir los abrojos que obstruyen el paso triunfal sobre el fascismo, y esta pesadilla seguirá tras el humo y las nubes polvorientas, haciendo surgir esa Humanidad libre, por la cual tantos mártires han sucumbido.

LA DISCIPLINA ORGANICA DEL MOVIMIENTO ES IMPRESCINDIBLE

Si siempre fué la disciplina libremente aceptada, el factor más importante de la unidad de acción, hoy es imprescindible superarse autodisciplinariamente. Lo exigen los múltiples problemas que surgen al correr de las horas. Hay que vivir ojo avizor si queremos mantener la fuerza dinámica de nuestro movimiento. Siempre fuimos temidos por la burguesía, por la sencilla razón de la disciplina orgánica que nos unía, los unos a los otros, sin necesidad de imposiciones de nadie. Aquello, que fué alma de la espiritualidad y flexibilidad de la Confederación Nacional del Trabajo, debemos superarlo.

Los cuadros de la militancia en el movimiento confederal y específico, deben reforzarse con la voluntad de articular debidamente nuestro movimiento en el doble aspecto militar y sindical. Cuando más peligro se cernía sobre nuestra Organización, más disciplinariamente actuaban los militantes. Hoy, ante la invasión del fascismo, esa disciplina moral y orgánica debe ser elevada y coordinada en el sentido de ahorrar energías y ganar tiempo precioso con que disponer de él para el estudio de los graves problemas económicos que se nos avecinan.

Se nos habla de revolución, y hemos de reconocer que la revolución aún está en ciernes; que debemos realizarla paulatinamente, a medida que consolidemos nuestras posiciones.

La guerra nos priva de los mejores de nuestros militantes. Cabe a que por sus años no son llamados a cumplir su deber como soldados del Ejército popular, incorporarse en la retaguardia a la reconstrucción económica que deben realizar los trabajadores, teniendo como base el Sindicato. No podemos, bajo ningún concepto ni pretexto alguno, apartarnos de la vida sindical. Ambos problema de la guerra y de la re-

construcción social nos atañen por igual, y los dos han de ser y deben ser obra de los propios trabajadores. Y para alcanzar esos objetivos finales, no hay otro organismo mejor preparado que el Sindicato. Nosotros, como obreros, hemos de procurar llevar toda nuestra orientación política y social mediante el Sindicato. Es el Sindicato el llamado a regir los destinos de la Humanidad futura. Por ello insistimos en que no sea descuidado lo que llamaremos coordinación y cohesión del esfuerzo muscular y cerebral. Si llegamos al establecimiento de este nexo de relaciones, seremos invencibles en el frente y seremos triunfantes también en el orden social contra aquellos que quisieron arrebatar nuevamente las conquistas proletarias regadas con sangre juvenil.

La disciplina entendida como debe entenderla todo hombre consciente de sus deberes sociales, no es aquella disciplina de cuartel vieja usanza, sino que es manifestación espontánea del deseo de cumplir su deber hacia la sociedad. Quien acepte un cargo, por insignificante que sea en la Organización, debe responsabilizarse en el cumplimiento de todo aquello que dimane del cargo, procurando siempre subsanar todo lo que pueda ser entorpecimiento para la rápida ejecución de los acuerdos libremente aceptados por los productores. Con disciplina, que entre nosotros ha sido siempre la mayor fuerza, veremos pronto cómo se eclipsan infinidad de problemas, porque, al intervenir rápidamente, no será difícil hallar la solución y, además, porque, al tener articuladas todas nuestras fuerzas, será un solo cuerpo batiéndose y reconstruyendo, a la vez, lo que ha sido destruido por el imperio del fascismo, la inercia de aquellos que, pudiendo evitar el cataclismo, no supieron estar a la altura de las circunstancias.